

cama en un tapete de cuero de cíbolo, vestido y armado como si estuviera en el campamento. Al ruido despertó, se puso en pie y explicó ruborizado que aquello era á causa de que no quería *mal imponerse*.

Cuando llegaba á la casa y se le invitaba á pasar al comedor, contestaba invariablemente:

— Gracias, señoras; ya es después.

Y sus acompañantes no dejaban de exclamar:

— Pero este don Santos es como la muerte de Apango: ni *chupa*, ni bebe, ni va al fandango.



CAPITULO XII

El martirio del justo

CUANDO vi á don Santos, le encontré todavía más demacrado, todavía más endeble, todavía más marchito que le había dejado. La color era como de marfil viejo, los labios estaban exangües, los cartílagos de las orejas se transparentaban cual si hubieran sido de cristal ligeramente rosáceo, el lagrimeo de los ojos (cubiertos con antiparras tan oscuras como de ordinario) era más insistente y más fluido. Daba lástima ver á aquella momia, animada apenas por un soplo interior pujante y brioso, que le consentía hacer frente á las debilidades del cuerpo.

Uno de sus ayudantes, Ramón Miravete, me llevó aparte y comenzó á hablarme con vehemencia que me impresionó.

— Una cochinada, Juan, una cochinada es lo que tiene al jefe así... Más que una, son varias cochinadas, muchas cochinadas, muchísimas cochinadas... La verdad es que yo no toleraba la cuarta parte de estas cosas; soy muy jarocho, y á la primera le habría dicho tres frescas al lucero del alba...

— ¡Pero, hombre, por Dios, cuenta esos horrores! Si no hablas, es imposible que nos entendamos.

— ¡Qué entendernos ni qué ocho cuartos! más vale callar, que así no se desbarra.

— Pues calla hasta la consumación de los siglos... si es que los siglos se consumen.

El cuarto era, entretanto, una olla de grillos, un verdadero y auténtico pandemonium. Oficiales de todas las graduaciones, de todas las armas, de todos los empleos, gritaban con cuanta fuerza guardaban en sus pulmones de hierro; sólo, el jefe, retraído y ajeno á aquella gresca, dictaba á un escribiente con voz apenas perceptible entre la gritería.

— Eso no es ley ni vale la pena de decirlo, gritaba un barbudo: ¿se necesita el dinero?... pues se gasta y luego se paga; al fin sobran conventos é iglesias de que echar mano.

— Y luego, para la miseria de un millón de pesos...

— Miseria, y puede hacer triunfar nuestra causa.

— Por eso Doblado estaba de acuerdo.

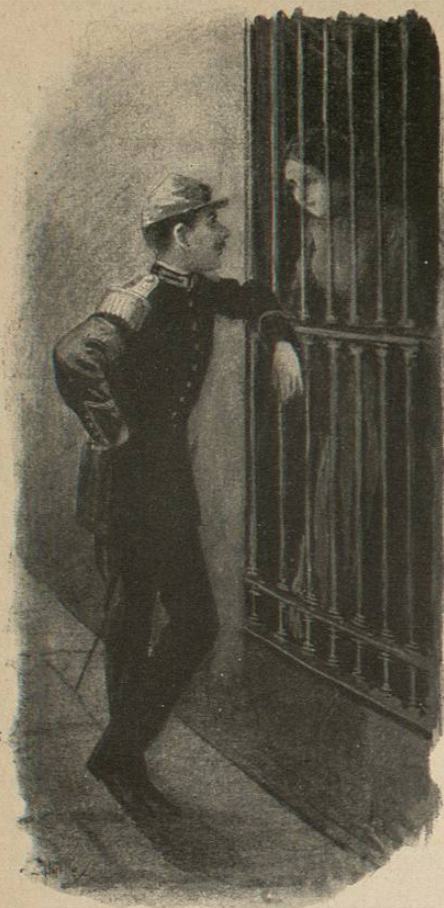
— Pero no Juárez, que se muere de envidia por los méritos del jefe.

Parecía que don Santitos no se enteraba de aquellas habladurías; pero ello es que tan pronto como oyó la última frase, detuvo sus paseos, irguió la cabeza, miró al que la había pronunciado, y dijo en voz clara y perceptible:

— Suplico á mis amigos y prohibo á mis subordinados, que se expresen del señor Presidente de la República en términos que se alejen siquiera un punto (y diciendo esto enderezaba el índice de la mano derecha y levantaba el menguado cuerpecillo) del acatamiento debido á ese mandatario supremo... Lo prohibo, lo prohibo... y lo suplico.

Todos callaron, se interrumpió la cháchara empezada, y á poco se vió desfilan á los macheteros terror de las comarcas, á los acreditados *tulices*, á los gloriosísimos plateados y á los modestos oficiales del ejército, todos cuchicheando y haciendo comentarios.

También Miravete y yo nos salimos á la sordina á recorrer las obscuras calles del pueblo viendo de paso los figurones de los que pelaban la pava recatándose de cualquier bulto que veían. Mi amigo también era enamorado (siempre lo fué don García), y cerca de una ventana pasó buena parte de la noche hasta que el frío se hizo sentir, y el hombre, dejando de hacer el Macías, pasó á recogerse.



— Pues sí, chico, me decía al retirarnos; hemos aprehendido una conducta de un millón y medio de pesos para poder dar fin á estas cosas. Don Santos, que es muy hombre, lleva el gato al agua y se echa la responsabilidad; pero todo estaba previsto y combinado. Figúrate qué hombres: Ortega quería tomar sobre sí la responsabilidad del paso, diciendo que el dinero se iba á emplear en las atenciones de su ejército; Doblado aseguraba

que debía de ser él quien cargara el mochuelo, ya que había sugerido el paso y que por su orden se había hecho el secuestro; y Degollado intervenía sosteniendo que él era el jefe supremo y había aceptado conscientemente las indicaciones de los otros... Además, decía don Santos, el señor Ortega es el soldado del porvenir; lo que yo no logré nunca, *pegarle á Miramón*, él lo ha conseguido amplia-

mente. El señor Doblado, por su inteligencia y su instrucción, está llamado á desempeñar gran papel en el país... Yo, desacreditado por mis derrotas, malquisto por mis contemporizaciones, siempre *con el santo al lado*, nada pierdo si me procesan ó me destituyen: conque, yo seré quien *lleve el gato al agua* y no consentiré que otro se perjudique indebidamente...

Y así quedó acordado.

Apenas se supo que se había hecho la captura, vino más que de prisa el cónsul inglés en San Luis: consiguió le devolvieran cuatrocientos mil duros de sus nacionales y el resto está en casa, custodiado por el propio don Santos... Hemos corrido la mar de aventuras. Figúrate que en días pasados llevé un despacho del señor Degollado para Berriozábal. Me encontré al General en la hacienda de Jalpa y me instó á que descansara mientras leía los pliegos y escribía la respuesta... Jalpa es una gran propiedad rústica: lo que en los ranchos pequeños se llama la cuadrilla, allí es un verdadero pueblo; hay tantos empleados y gente trabajadora, que parece la propiedad una verdadera colmena. Después de comer, salí un rato á la puerta de la gran casa, y ví venir tres sujetos que me llamaron la atención. Uno era trigueño, atezado, joven, de gran barba negra y nariz larga y basta; el segundo, de edad madura, fingía gran desembarazo en cosas de caballo, pero á legua se miraba que aunque quería aparecer

campista, no era sino un tristísimo *saltacurripi*; el último, hombre ya de edad, era objeto de las atenciones de los otros dos, que trataban de mitigarle el cansancio con miramientos extraordinarios... A la cuenta ignoraban que hubiera chinacos en la hacienda, pues con toda confianza se dirigieron á la habitación de los Portillos, desmontaron de las bestias y ayudaron al viejecito á bajarse, mientras acallaban sus lamentos en que decía que el trance de la bajada era para él peor que el de la muerte... Dos cosas me llamaron la atención: que el viejo dijera un latinajo que le contestaron los acompañantes, y que al bajarse, todo encorvado y lamentoso, dejara ver una gran cruz de oro que se apresuró á esconder apenas notó que yo me fijaba en el caso. Al despedirme de Berriozábal le comuniqué mis observaciones, y él, llamándome visionario y tonto, mandó hacer un registro de la casa, diz que para cerciorarse y probarme que no sabía de la misa la media...

¿Y sabes quiénes eran los charros y qué andaban haciendo? El obispo Espinosa, un cura llamado Arias y Cárdenas, y otro padrecito apellidado Parra, que tomaban soleta y se alejaban con dirección á México.

El General les mandó aprehender; ellos quisieron resistir, ocultarse, ponerse en cobro, qué sé yo; pero todo inútil. Cuando entramos vimos á los dos jóvenes hincados en el suelo, y al viejo echado de bruces, rezando

entre dientes, despavorido y besuqueando la cruz con fervor que daba risa.

— ¡Quítense esas barbas, *pélense* esas cueras y bájense esas chivarras, maricones! dijo el coronel Otáñez sacudiendo á Espinosa.

— Sírvase, señor, dijo Arias, no maltratar al señor obispo mi amo; ya vamos á cumplimentar las órdenes de usted.

— Pues pronto, curácuaros indecentes... Quítense ese disfraz de hombres y pónganse el de mamarrachos.

El obispo, sostenido por sus dos familiares, salió de la estancia pálido y trasudando, diciendo entre dientes no sé qué oraciones, no sé qué misteriosas invocaciones, mientras besuqueaba sin cesar la cruz y el crucifijo.

Conducidos los presos á la presencia de Berriozábal, el General les interrogó aparte, y me dijo aguardara comunicaciones para don Santos... ¿Sabes el fin de todo?

Que don Santos mandó poner en libertad á Espinosa y á sus compañeros.

Mientras tanto llegamos al alojamiento del General, y Miravete me dejó para pasar á saludarle.

— Adelante, Ramón; ¿quién viene en su compañía?... Pase, la Llana, que todavía se trabaja por aquí.

Avanzamos, y vimos al jefe sentado á su mesa y cercado de un rimero de papeles.

— ¡Cómo trasnochan ustedes, jóvenes!... Aprovechen